

La Figura de la Abuela como Puente Cultural en la Diáspora Cubana
María Luisa OCHOA FERNÁNDEZ

Universidad de Huelva

En las comunidades de exiliados cubanos en los Estados Unidos, la mítica figura de la abuela se convierte en un elemento de vital importancia para la supervivencia de la cultura cubana fuera de la isla. La traumática experiencia del exilio forzado ha marcado de por vida la existencia de millones de familias cubanas, dejando una primera generación de padres desorientados e incapaces de reanudar sus vidas lejos de su tierra natal, y una segunda y tercera generación de hijos y nietos que se alejan de la cultura cubana asimilando la cultura dominante que les rodea al adentrarse en los entresijos de la vida norteamericana. En este contexto socio-cultural, la figura de la abuela adquiere una gran relevancia al conectar a esos nietos culturalmente dislocados con sus raíces cubanas. De este modo, la abuela se convierte en el nexo de unión de estos nietos con una herencia histórico-cultural de la que apenas son conocedores, y que el paso del tiempo (cuarenta y cuatro años de exilio) ha ido progresivamente erosionando en las generaciones nacidas y educadas en tierras norteamericanas.

Este ensayo analizará el papel jugado por la figura de la abuela como puente cultural de unión en la diáspora cubana a través de la literatura cubano-americana, la cual plasma fielmente la importante labor de este personaje tan entrañable. En dicha literatura, la abuela aparece como portadora de todo el legado cultural de la isla que ella pasará a estos huérfanos culturales, los nietos, para que no caiga en el olvido, y para que así puedan entenderse a ellos mismos al comprender sus raíces y un pasado traumático marcado por la experiencia exílica que la gran mayoría no conoce en profundidad o intentan desvincularse y olvidar. Este análisis mostrará, por lo tanto, la figura de la abuela como pieza clave en la sanación de las dolorosas heridas infligidas por el exilio al forjar la unión y reconciliación de los nietos con la isla y la lengua materna.

Es de todos sabido que la Revolución Cubana de 1959 encabezada por Fidel Castro inició una gran serie de cambios no sólo políticos sino también sociales que produjeron un profundo impacto en la vida de Cuba. Aquellos que no estaban de acuerdo con las nuevas demandas del régimen castrista abandonaron la isla. Sin embargo, no eran conscientes de que abandonaban su patria para no volver jamás y así permanecieron en un exilio perpetuo que aún hoy en día continúa. Ante la indefinida duración del exilio, una gran cantidad de cubanos

empezaron a hacer de Estados Unidos su hogar adoptivo durante los años setenta y décadas posteriores. Este éxodo se ha ido repitiendo a través de diferentes oleadas migratorias hasta nuestros días con los balseiros.

Como era de esperar, la *desterritorialización* que todo proceso migratorio conlleva tiene una serie de repercusiones negativas en la vida de los que emigran, que sobre todo se agravan en el caso del exilio por lo forzoso de la situación. El traslado de una cultura a otra radicalmente opuesta y, por consiguiente, de una lengua a otra desencadena toda una serie de problemas: el principal, la desorientación o lo que se ha venido a denominar como dislocación cultural. Los componentes más jóvenes de la familia (los hijos de los padres que se exilian) son los que reciben el golpe más fuerte de la experiencia exílica al quedar para siempre atrapados entre dos culturas (la nativa y la adoptiva), y así, de esta manera, son víctimas de dolorosos problemas de identidad cultural.

En el exilio cubano, como apunta el crítico Pérez Firmat, coexisten tres generaciones: una primera generación formada por aquellos que ya eran adultos cuando abandonaron la isla y llegaron a Estados Unidos; otra generación que le sigue de personas “[. . .] nacidas en Cuba pero *hechas* en Estados Unidos”¹ (1994: 4). Se trata de “una [. . .] generación inmigrante intermedia cuyos miembros pasaron su niñez o adolescencia en Cuba pero se hicieron adultos en Estados Unidos”² (1994: 4). Debido a que este grupo se encuentra entre la primera y la segunda generación, el sociólogo cubano Rubén Rumbaut la clasificó como la “*generación I’5*” (Pérez Firmat 1994: 4). Es una generación que tuvo que enfrentarse a la difícil transición de la niñez a la juventud o de la juventud a ser adulto (según los casos) al mismo tiempo que pasaba de un ambiente sociocultural (el cubano) a otro bien distinto (el norteamericano). La segunda generación es básicamente aquella formada por niños que nacieron en Cuba pero que apenas contaban con unos años de edad (1-3 años aproximadamente) cuando sus padres se exiliaron o aquella formada por hijos de exiliados que ya nacieron en Estados Unidos. En ambos casos, sus memorias de Cuba son nulas (unos por ser demasiado pequeños y otros por no haber estado nunca); lo que saben sobre Cuba y la cultura cubana ha sido transmitido por sus familias.

Ahondando en cada una de las generaciones, descubrimos que la primera generación vivió durante años engañada por la falsa esperanza de un pronto regreso a su tierra natal. Confiaban en que el gobierno norteamericano no permitiría durante mucho tiempo un régimen

¹ Todas las traducciones en este ensayo han sido realizadas por mí: “[. . .] born in Cuba but made in the U.S.A.”

² “[. . .] an intermediate immigrant generation whose members spent their childhood or adolescence in Cuba but grew into adults in America.”

comunista a menos de 90 millas de su territorio. Por ello dejaron su vida en suspenso esperando el retorno. A medida que los años pasaron y Fidel se afianzó en el poder esta generación, incapaz de aceptar que nunca volvería a Cuba, se fue aislando nutriéndose para sobrevivir de nostalgia y recuerdos de la tierra ahora prohibida, Cuba. De este modo, la primera generación, totalmente desorientada en un nuevo país, se aisló dejando a la deriva y desamparadas a las jóvenes generaciones que les sucedían, incapaces de dirigir las y conducir las en su difícil andadura en el nuevo territorio.

Con la generación 1'5 y la segunda generación, la problemática del exilio se incrementa, los traumas de identidad abundan y la cuestión de la homogeneización cultural adquiere especial relevancia. A diferencia de la primera generación, estas dos generaciones han pasado más de la mitad de su vida o toda su vida en Estados Unidos, por lo que no es de extrañar que el fenómeno asimilacionista aceche su existencia. El choque de las culturas cubana y norteamericana sitúa al individuo en un cruce de caminos de dos tradiciones radicalmente opuestas, lo que marcará su existencia de forma determinante causándole inestabilidad y desasosiego.

En estas generaciones la tensión existencial del exilio se centra fundamentalmente en el debatirse entre ser norteamericano o cubano. En general, se sentían engañados por unos padres que sin preguntarles su opinión se los llevaron de su adorada isla al exilio. Abandonados en una cultura y lengua extrañas, y carentes de cualquier modelo a seguir al estar sus padres demasiado ocupados en intentar sobrevivir, la existencia de estas generaciones jóvenes continúa dividida transcurriendo entre dos espacios: el exterior (el sistema socio-cultural norteamericano) y el interior (reducido a la familia o comunidad cubana). En este ir y venir entre dos mundos discurre su búsqueda de identidad, manifestándose su hibridez; lo que revela la condición dual de estos hijos de exiliados. Consecuentemente, son seres en tránsito con identidades inexorablemente en continuo movimiento, viviendo en una constante esquizofrenia cultural.

En este contexto cultural, la figura de la abuela adquiere una extraordinaria relevancia al ser la encargada de reconectar a la generación 1'5 y la segunda generación con las raíces cubanas de donde provienen, ayudándoles así a que logren un mejor entendimiento de su hibridez pero, sobre todo, de su parte cubana que es la más desconocida. Perdidos los lazos culturales cubanos por la distancia y el tiempo, la abuela ejerce de cordón umbilical que conecta a estas generaciones con el alimento cultural que Cuba supone. La abuela los ayuda a recordar para que forjen una nueva identidad que no se aleje del pasado sino que evolucione a partir de ahí, y combine el pasado cubano con el presente norteamericano. Es necesario

recordar que la segunda y tercera generación no ha estado en la mayoría de los casos en la isla, y sólo la conocen de oídas. Por lo tanto, la figura de la Abuela se alza con el mérito de ser capaz de revivir la cultura cubana y la lengua española casi muertas en los nietos así como el de intentar poner orden en sus propias familias, desgarradas y desintegradas por el trauma del exilio.

Por su parte, la literatura se hace eco del papel destacado que la abuela desempeña en la diáspora cubana. Es sin lugar a dudas una de las figuras omnipresentes en la literatura cubano-americana, y de latinos, en general. En el análisis que Domínguez Miguela realiza de la figura de la abuela en la literatura de latinas, se afirma que la abuela generalmente representa una serie de funciones: “es uno de los principales agentes culturales dentro de la comunidad y aúna la experiencia femenina y el pasado cultural. De este modo, actúa como memoria colectiva femenina substituyendo la historia oficial patriarcal, y como memoria cultural latina en oposición a la cultura dominante anglosajona” (170). Dicha afirmación viene a confirmar la importancia de este personaje.

Existe una gran variedad de textos escritos por cubanos-americanos en los que la abuela es un personaje destacado. Entre todos ellos, el papel de la abuela como hilo conector con el pasado cultural es digno de mención en el género novelístico, y más concretamente en la novela de Cristina Garcia *Soñar en Cubano* (1992). En ella la autora narra la historia de tres generaciones de mujeres de una familia cubana que aparece dividida por ideología política, además de por serios problemas emocionales entre madres e hijas. La novela se centra en las vidas de una madre (Celia), sus dos hijas (Lourdes y Felicia) y la nieta de Celia e hija de Lourdes (Pilar). Pero mientras Celia y Felicia permanecen en Cuba, Lourdes y Pilar viven exiliadas en Nueva York.

Pilar es la narradora y la nieta de Celia. Es una adolescente culturalmente perdida, arrancada por su propia madre de los brazos de su abuela cuando contaba con pocos años de edad para ir al exilio, y su propia madre, Lourdes, como indica Gilles “no alimenta a su hija adecuadamente con las historias que necesita para comprender los cambios traídos por la revolución y la inmigración³” (39). Pilar añora sus raíces y el legado cubano pues no se siente norteamericana. Pilar no perdona a su madre por haberla separado de la Abuela Celia, e indirectamente, de lo cubano. Sin embargo, aunque Celia esté ausente físicamente en su vida, Pilar permanece unida espiritualmente a ella, comunicándose telepáticamente: “Abuela Celia

³ “The mother does not nourish her daughter properly with the stories she needs in order to understand the changes brought on by the revolution and immigration”

y yo nos escribimos pero en la mayoría de los casos la escucho hablarme por las noches justo antes de que me quede dormida. Me cuenta historias sobre su vida [. . .] La Abuela Celia dice que quiere verme otra vez. Me dice que me quiere”⁴ (28-29). La relación entre ambas llega a rozar lo espiritual y lo mágico. El nexo de unión entre nieta y abuela se hace tan fuerte que es la propia nieta la que confiesa “sentirse mucho más conectada con la Abuela Celia que con mamá, aunque no [haya] visto a [su] abuela durante diecisiete años”⁵ (176). Pilar es perfectamente consciente de los efectos positivos de dicha relación ya que le proporciona el apoyo que necesita para continuar viviendo: “Incluso en silencio, ella me da la seguridad para hacer lo que yo creo que es correcto, para confiar en mis propias percepciones”⁶ (176), es decir, aquello que su propia madre es incapaz de proporcionarle. Para Pilar su abuela es una fuente de sabiduría como demuestra al decirnos que “la mayoría de lo que he aprendido que es importante lo he aprendido por mí misma, o por mi abuela”⁷ (28).

Sin embargo, a medida que Pilar se va haciendo mujer entre culturas, en un país totalmente diferente al que nació y con la ausencia física de Celia, se da cuenta de que progresivamente se está alejando de la abuela, y así de su tierra natal: “[. . .] hemos perdido el contacto con los años [. . .] la mayoría de los días Cuba está como muerta para mí [. . .] cada día que Cuba se desvanece un poquito más dentro de mí, mi abuela se desvanece un poquito más dentro de mí”⁸ (137-138). Sus propias palabras claramente reflejan como la nieta identifica a su abuela con Cuba y con la cultura cubana que le falta. La nieta, sin su abuela y así sin el sustento cultural y emocional que ella le aporta, se siente morir como queda reflejado en la siguiente cita: “[. . .] siento que algo se ha secado dentro de mí [. . .] Eso me da miedo [. . .] Ya no sé por lo que debería luchar”⁹ (198). Pilar necesita su parte cubana para sobrevivir de ahí que intente a toda costa no perder su relación con su abuela Celia la cual considera fuente de vida. Más que nunca necesita a su abuela, la que la nutre culturalmente, pues se encuentra en un período difícil de su vida en la que aparte de enfrentarse a los típicos problemas de la adolescencia también se enfrenta a problemas de autodefinición, de saber quién es y de dónde proviene; información que tanto el exilio como su madre Lourdes se han

⁴ “Abuela Celia and I write to each other sometimes, but mostly I hear her speaking to me at night just before I fall asleep. She tells me stories about her life [. . .] Abuela Celia says she wants to see me again. She tells she loves me.”

⁵ “[She] felt much more connected to Abuela Celia than to Mom, even though [she] [hasn’t] see [her] grandmother in seventeen years.”

⁶ “Even in silence, she gives me the confidence to do what I believe is right, to trust my own perceptions.”

⁷ “Most of what I’ve learned on my own, or from my grandmother.”

⁸ “[. . .] We’ve lost touch over the years [. . .] Most days Cuba is kind of dead to me [. . .] Every day Cuba fades a little more inside of me, my grandmother fades a little more inside me [. . .]”

encargado de quitarle. Celia se erige como pilar básico en la vida de su nieta al proporcionar a Pilar “la conexión a la línea maternal, a la lengua madre, y a la patria que su madre ha cortado, además de un sentido de seguridad y valía en sí misma¹⁰” (Davis 64).

Pilar está convencida de que su abuela es la clave que solucionaría todos sus problemas de identidad híbrida, y así lo afirma en la siguiente cita: “Aunque he vivido toda mi vida en Brooklyn, no me siento en casa. No estoy segura si Cuba lo es, pero quiero descubrirlo. Si sólo pudiera ver a la Abuela Celia otra vez, sabría a dónde pertenezco”¹¹ (58). Finalmente, Pilar convence a su madre para ir a Cuba a ver a Celia después de muchos años. Una vez en Cuba, Pilar pasa todo su tiempo con su adorada abuela compartiendo y aprendiendo la una de la otra todo lo que pueden. Pilar absorbe las historias que Celia le cuenta como si fuera una niña hambrienta de cultura a la cual no se le ha alimentado durante años, y escucha de nuevo los sonidos del español, el cual lo tiene medio olvidado. El saberse parte de una herencia que su abuela Celia encarna tiene un efecto inmediato y casi mágico en Pilar: “Me levanto diferente, como si algo dentro de mi estuviera cambiando, algo químico e irreversible. Aquí hay magia abriéndose camino a través de mis venas [. . .] a lo cual yo respondo instintivamente [. . .]”¹² (235).

Celia es la guardiana de las historias familiares, personales, de la historia no oficial de la revolución, y de otras muchas historias cubanas que ha ido recogiendo en forma de cartas (nunca enviadas) dirigidas a un amante español que tuvo en su juventud quien la dejó marcada de amor para siempre. Celia está en posesión de todo un legado cultural imprescindible para que su nieta pueda empezar a comprender su existencia y a sanar las heridas causadas por el exilio. Sin ese legado cubano, Pilar no es nada, sólo un ser desarraigado.

Pilar es la elegida por Celia para pasar la herencia familiar y étnica la cual de otra forma se perdería en Estados Unidos. Al final del viaje, Celia le entrega a Pilar esas cartas que constituyen una buena parte de lo que es el libro *Soñar en Cubano*. Antes de cometer suicidio, Celia deja a buen recaudo la herencia cultural familiar y le pasa el turno a Pilar, quien a partir de entonces será la encargada de custodiar y recordar todo lo que ha pasado y lo que pasará.

⁹ “[. . .] I feel something’s dried up inside me [. . .] That scares me. I’m not sure what I should be fighting for anymore.”

¹⁰ “[. . .] with the connection to the maternal line, mother tongue, and homeland her mother had severed, as well as a sense of security and self-worth.”

¹¹ “Even though I’ve been living in Brooklyn all my life, it doesn’t feel like home to me. I’m not sure Cuba is, but I want to find out. If I could only see Abuela Celia again, I’d know where I belonged.”

¹² “I wake up feeling different, like something inside me is changing, something chemical and irreversible. There’s a magic here working its way through my veins [. . .] that I respond instinctively [. . .]”

Desde el mismo día del nacimiento de Pilar, su abuela ya la había designado como la sucesora del legado familiar: “Mi nieta, Pilar Puente del Pino, ha nacido hoy [. . .] Ya no escribiré más [. . .] Ella recordará todo”¹³ (245). Curiosamente al igual que su abuela a Pilar también le gusta escribir y en su diario ha estado dejando constancia de las tribulaciones de vivir entre dos culturas. Como indica su apellido ‘Puente’, el cual no es para nada accidental como muchos críticos han comentado, Pilar, gracias a su abuela, se convierte en el puente de conexión entre una generación y otra, en el puente que une una familia desintegrada por la experiencia exílica.

Finalmente, Pilar resuelve sus problemas de identidad, ahora sabe dónde pertenece además de adónde se dirige como afirma en: “[. . .] tarde o temprano tengo que regresar a Nueva York. Sé que es donde pertenezco —no *en vez* de aquí, pero *más* que aquí”¹⁴ (236). Es evidente que el volver a ver a su abuela y conocer de primera mano el legado cultural que Celia representa hace de Pilar una mujer decidida, segura de sí misma que ha logrado reconciliarse con su naturaleza cubano-americana; una imagen bien alejada de aquella adolescente insegura y atormentada del principio de la novela.

Dejando la narrativa a un lado y acercándonos al género dramático, observamos que la figura de la abuela como transmisora cultural también tiene cabida en diversas obras de teatro cubano-americano, siendo *Botánica* (1990) de Dolores Prida la más representativa de todas ellas. En *Botánica*, Prida presenta tres generaciones de mujeres de una misma familia que viven en Nueva York: Geno (la abuela), Anamú (hija de Geno) y Millie (hija de Anamú y nieta de Geno). Al contrario que Pilar quien deseaba reencontrarse con su pasado cultural, Millie (también miembro de la segunda generación) rechaza todo lo referente a su cultura y pasado: comida, creencias religiosas, lengua, etc. Somos testigos de su rechazo a la comida caribeña, a que la llamen Milagros por lo que se cambia el nombre a otro menos latino y que suene más americano ‘Millie’, rechazo a su familia la cual no avisa para el día de la graduación universitaria, etc.

Pero su rechazo más rotundo es a trabajar en la botánica¹⁵ que su abuela Geno posee, y que todos en la familia esperan que Millie se encargue de dirigir algún día. Millie trabaja como administradora de negocios en un afamado banco norteamericano, el Chase Manhattan

¹³ “My granddaughter, Pilar Puente del Pino, was born today [. . .] I will no longer write to you [. . .] She will remember everything.”

¹⁴ “[. . .] Sooner or later I’d have to return to New York. I know now it’s where I belong —not *instead* of here, but *more* than here.”

Bank. Ella se considera una mujer norteamericana moderna preparada académicamente para trabajar en el mundo financiero por lo que estima las creencias religiosas de su familia, basadas en santería, como tonterías, mostrando su escepticismo. Abiertamente, Millie rechaza esa herencia cultural, mágica y ancestral que su abuela y la tienda representan: “Yo no soy parte de esto. Estas imágenes, estas creencias, han sido parte del equipaje de otras generaciones [. . .] de África al Caribe, del Caribe a Nueva York [. . .] pero yo soy de aquí, yo nací aquí [. . .] Esto no es parte de mi equipaje [. . .]” (164). Sin embargo, progresivamente descubrimos que Millie es una víctima más de la presión social para homogeneizar las distintas culturas, y así cuenta cómo en la universidad no se aceptaba su diversidad cultural: “Yo llegué allí a [. . .] aprenderlo todo. Pero enseguida empezaron las pequeñas crueldades—burlas sobre mi ropa, sobre mi acento, sobre la música que me gustaba [. . .] sobre mi nombre [. . .] Yo no quería ser diferente, yo quería ser como los demás. Y me cambié el nombre a Millie y escondí mis discos de salsa [. . .]” (173).

Sin embargo, afortunadamente, no todos los miembros de la segunda generación piensan igual y Rubén, un amigo de la infancia de Millie, le hace ver que no es necesario dejar a un lado el bagaje cultural propio para sobrevivir en territorio norteamericano, pudiendo llegar a la “cohabitación no conflictiva de culturas distintas”¹⁶ (Pérez Firmat 1987: 5). El cariño que le tiene a su abuela unido al hecho de que Geno enferma hacen que Millie comience a valorar esa cultura ancestral que su abuela representa. Geno es experta en santería y es conocedora de hierbas medicinales, de pociones especiales, de santos milagrosos, etc, es decir, Geno es la portadora de un conocimiento y sabiduría ancestrales que sólo unos pocos dominan. Sólo cuando enferma su abuela, Millie parece empezar a comprender que si Geno muriese, todo ese saber se perdería para siempre ya que Geno no tiene apuntes sino que todo lo almacena en su memoria. Trabajando por las tardes en la tienda mientras su abuela se recupera comienza a identificarse con esa parte de su bagaje cultural del que antes radicalmente renegaba. Incluso hace una promesa acudiendo a los santos para que su abuela se recupere lo antes posible. De este modo, Millie empieza a aceptar toda esa sabiduría tradicional y popular que su abuela encierra; un conocimiento que Geno le había suplicado a Millie que continuase, a lo cual ella siempre se había negado.

Al final de la obra, la actitud de Millie cambia radicalmente hasta el punto de comprometerse a trabajar por las tardes en la botánica y a guardar todo lo que su Abuela sabe

¹⁵ Es un tipo de herbolario donde se venden plantas medicinales, figuritas de santos y Vírgenes, se adivina el futuro, se ofrecen curas espirituales, se hacen pócimas de amor, etc. Las botánicas son muestras del sincretismo del Catolicismo español y las tradiciones culturales del África Occidental traídas por los esclavos a Cuba.

¹⁶ “The non-conflictive cohabitation of dissimilar cultures.”

en la memoria de un ordenador para que nunca más esa parte de su cultura familiar (la cual ya acepta) corra el peligro de perderse irremediabilmente para siempre. De este modo, Millie parece haber alcanzado un perfecto equilibrio entre lo moderno y lo tradicional, es decir, entre la cultura norteamericana y la cubana respectivamente, tras concebir “la biculturalidad [. . .] como una energía positiva [y] [. . .] negativo el auto-aislamiento”¹⁷ (Feliciano: 116). Una vez más la figura de la abuela aparece como portadora de la cultura ancestral además de la promotora de la reconexión de la segunda generación (perdida en las infinitas diatribas de identidad) con la cultura cubana. La abuela es el hilo conector y conductor a cultural que ayuda a los nietos mantener un equilibrio cultural.

Conjuntamente con las obras aquí analizadas hay un sin fin de obras más pertenecientes a la literatura cubano-americana en las que el personaje de la abuela tiene un papel destacado. El género memorístico ofrece varios ejemplos, más concretamente obras como *Next Year in Cuba. A Cubano's Coming-of-Age in America* (1995) de Gustavo Pérez Firmat y *Spared Angola. Memories from a Cuban-American Childhood* (1997) de Virgil Suárez, en las que la abuela aparece no sólo como transmisora de la cultura cubana sino también como modelo creativo literario para sus nietos pues se presenta como el germen desencadenante de la composición literaria de dichos autores.

Tanto Suárez como Pérez Firmat pertenecen a la generación 1'5, al nacer en Cuba y pasar su adolescencia y etapa adulta en Estados Unidos, por lo que los recuerdos de la isla se les fueron escapando con el pasar de los años perdiendo su nitidez. La abuela con su sabiduría y sus historias logra conectarlos de nuevo con su adorada Cuba la cual abandonaron siendo niños. En definitiva, los nutre de Cuba, un alimento prohibido por cuestiones políticas. Virgil Suárez proclama la importancia de su abuela en su labor literaria y así afirma: “Mi abuela me ayudó a ejercitar mi imaginación. Por ello la consideré mi primera mentor”¹⁸ (79). El volver a ver a su abuela Donatila tras veinte años de ausencia hace que Cuba fluya de nuevo en su mente y que vuelva a recordar: “Mi abuela [. . .] vuela de La Habana a Miami para visitarnos. Mientras la espero, los recuerdos de mi infancia me golpean [. . .] le digo que sí recuerdo. Recuerdo todo”¹⁹ (9-10). Asimismo, Pérez Firmat también reconoce públicamente la importancia de su abuela en el acto de recordar y en la consiguiente composición de sus memorias: “ella era mi conducto principal a la gente y hechos que yo no conocía de primera mano o que sólo recordaba vagamente [. . .] Ella fue la persona a través de la cual averigüé

¹⁷ “Biculturalism [. . .] [as] a positive energy [and] [. . .] negative [. . .] self-estrangement.”

¹⁸ “My grandmother helped me exercise my imagination. Thus I considered her my fist mentor.”

sobre mi padre y mi abuelo [. . .]”²⁰ (152). Estas citas no dejan lugar a dudas sobre el papel crucial jugado por estas mujeres en el proceso recordatorio de las memorias autobiográficas de sus nietos, a través de las cuales los autores intentan encontrar sentido a sus vidas de hibridez cultural.

El análisis realizado en este ensayo ha dejado de manifiesto la entereza de unas mujeres, las abuelas, que de forma altruista luchan para que la cultura cubana fuera de la isla no pase al olvido en la diáspora cubana, y lo que es más importante luchan por reconectar a millones de nietos de segunda generación con sus orígenes. Los hacen sentirse orgullosos de su cubanía a la misma vez que los hacen partícipes de la riqueza cultural de la isla que ellas portan, para que así puedan recordar todo, transmitan la cultura cubana a las generaciones venideras nacidas y educadas en el exilio y, sobre todo, puedan reconciliarse con su existencia bicultural. Por lo tanto, las abuelas aseguran la preservación de lo cubano en la experiencia transcultural en Estados Unidos, pues como apuntaba la afamada escritora dominicano-americana Julia Álvarez refiriéndose a la segunda generación “un peligro nos acecha: convertirnos en seres sin raíces, sin memoria, perdernos en [el] mundo [. . .]” al desconocer “[. . .] la lengua, la historia, las tradiciones de donde provenimos [. . .]”²¹ (Nuño: 15).

OBRAS CITADAS

- Davis, Rocío G. “Back to the Future: Mothers, Languages, and Homes in Cristina Garcías’s *Dreaming in Cuban*.” *World Literature Today* 74.1 (2000): 60-68.
- Domínguez Miguela, Antonia. *Esa imagen que en mi espejo se detiene. La herencia femenina en la narrativa de Latinas en Estados Unidos*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2001.
- Feliciano, Wilma. “‘I Am a Hyphenated American’: A Interview with Dolores Prida.” *Latin American Theatre Review* 29.1(1995): 113-118.
- García, Cristina. *Dreaming in Cuban*. New York: Ballantine Books, 1992.
- Gilles, Myriam E. “A Daughter’s Narrative: Recovering the Matriline in Recent Latina Literature.” Bachelor of Arts Dissertation. Harvard College, 1993.

¹⁹ “My grandmother [...] flies from Havana to Miami for a visit. Waiting for her I am struck by memories of my childhood [...] I tell her that I do remember. I remember everything.”

²⁰ “She was my principal conduit to people and events that I didn’t know firsthand or that I remembered only faintly [...] She was the one through whom I found out about my father and grandfather [...]”

- Nuño, Ana. "Escribir desde el yo y para nosotros. Entrevista a Julia Álvarez." *Quimera* 176 (1999): 11-15.
- Pérez Firmat, Gustavo. *Life on the Hyphen. The Cuban-American Way*. Austin: University of Texas Press, 1994.
- . *Next Year in Cuba. A Cubano's Coming-of-Age in America*. New York: Anchor Books/Doubleday, 1995.
- . "Transcending Exile: Cuban-American Literature Today." Ed. Richard Tardanico. *Occasional Papers Series Dialogues*. Miami: Florida International University, 1987. 1-13.
- Prida, Dolores. *Botánica*. Ed. Judith Weiss. *Beautiful Señoritas and Other Plays*. Houston: Arte Publico Press. 1991. 141-180.
- Suárez, Virgil. *Spared Angola. Memories from a Cuban-American Childhood*. Houston: Arte Público Press, 1997.

²¹ "There is a danger lurking behind us: to transform ourselves into rootless beings, without memory, to lose ourselves in [the] world [. . .] [without] know[ing] the language, the history and the traditions from which we come from [. . .]"